

El dÃ-a de maÃ±ana. Por Santiago Gil

miÃrcoles, 02 de enero de 2008

Modificado el miÃrcoles, 02 de enero de 2008

EL DÃ•A DE MAÃ'ANA

Por Santiago Gil

Supongo que el dÃ-a de maÃ±ana ya ha llegado. Quedaba lejos cuando nos lo repetÃ-an a todas horas nuestras abuelas y los maestros que trataban de hacer de nosotros hombres y mujeres de provecho. Siempre te estaban preguntando que quÃ© querÃ-as ser cuando fueras mayor.

EL DÃ•A DE MAÃ'ANA

MÃsica de PapagÃevos II

Santiago Gil

Supongo que el dÃ-a de maÃ±ana ya ha llegado. Quedaba lejos cuando nos lo repetÃ-an a todas horas nuestras abuelas y los maestros que trataban de hacer de nosotros hombres y mujeres de provecho. Siempre te estaban preguntando que quÃ© querÃ-as ser cuando fueras mayor. Quedaba bien elegir lo que a uno le daba la gana, y nunca habÃ-a nadie que pusiera pegas a nuestras ilusiones mÃs o menos improvisadas. A nosotros, la verdad, nos daba lo mismo ese dÃ-a indefinido y lejano al que pensÃ;bamos que nunca acabarÃ-amos llegando. Uno en la infancia piensa que va a estar en el reino de la felicidad y de la anarquÃ-a toda la santa vida. Luego llega, no sabemos cÃ³mo, ni a partir de cuÃndo, pero un buen dÃ-a nos vemos tomando decisiones que marcan el futuro de nuestra existencia. Desde que nos decantÃ;bamos por Ciencias o Letras en el instituto ya estÃ;bamos escribiendo nuestro gran parte de nuestro porvenir, y por tanto de este futuro que cada cual lleva como buenamente puede.

Uno sueÃ±a siempre con vivir el dÃ-a a dÃ-a y con no estar pendiente de un porvenir que ni controla ni sabe siquiera si va a transitar con el resto de los humanos que vayan sobreviviendo. De niÃ±o jamÃs pensÃ;bamos en el maÃ±ana. DecÃ-amos que sÃ-, que estudiÃ;bamos para ese dÃ-a lejano, y hasta repetÃ-amos de carrerilla que querÃ-amos ser abogados, periodistas, mÃdicos o delanteros de la UniÃ³n Deportiva Las Palmas. Pero era una forma de callar a los previsores y de seguir a los nuestro sin dar mÃs explicaciones. Todo aquello era una entelequia que no tenÃ-a nada que ver con la improvisaciÃ³n de nuestros juegos y con el Ãºnico objetivo que marcaba nuestras vidas: divertirnos y estar activos y contentos todo el santo dÃ-a. Lo demÃs era el aburrimiento, el sopor de la escuela, las misas interminables o los dÃ-as en cama cuando llegaba cualquier infecciÃ³n de garganta o andabas con un empacho de dulces, de nÃ-speros todavÃ-a verdes o de higos cogidos furtivamente despuÃs de un dÃ-a de solajero. Supongo que hubo un momento en que sin darnos cuenta nos alcanzÃ³ por fin ese dÃ-a de maÃ±ana en el que ahora seguimos viviendo temerosos y siempre pendientes de la subida de las hipotecas, de la estabilidad laboral y de una salud cada dÃ-a mÃs delicada y vulnerable. No tiene nada que ver este trasiego diario que no nos deja tiempo para ser nosotros mismos con la intensidad de los dÃ-as en los que sÃ³lo importaba el presente mÃs palpitante e inmediato.

SÃ- es cierto que hay preguntas para las que es mejor no encontrar respuestas jamÃs. Aquel juego que estilÃ;bamos para quitarnos de encima a los mÃs previsores se acabÃ³ convirtiendo en realidad. A lo mejor no somos todo lo que dijimos que querÃ-amos ser cuando nos preguntaban por un futuro que nos importaba tres pitos, pero yo creo que en la mayorÃ-a de los casos lo que se decÃ-a se ha ido cumpliendo, y ahora te ves de periodista, de mÃdico o de abogado y te preguntas quÃ© diablos tiene que ver eso con tu vida. O te ves en el paro, o bien mirando de lejos tus sueÃ±os, y te respondes con argumentos todavÃ-a mÃs descorazonadores, entre otras cosas porque nadie decÃ-a entonces que querÃ-a ser un pobre infeliz sin oficio ni beneficio, y al que repetÃ-a que no querÃ-a ser nada, que todo le daba igual, se ponÃ-an a buscarle salidas laborales sobre la marcha. Me imagino que para acallar tanto coÃ±azo acabarÃ-a aceptando lo que le pronosticaran, aquello de tÃº tienes cara de maestro, de cura o de arquitecto. Nadie decÃ-a que tenÃ-amos cara de borrachos, de parados depresivos o de hombres con mucha mala suerte y peor vida. Pero ya digo que el dÃ-a de maÃ±ana se presentÃ³ de improviso y puso a cada uno donde le dio la real gana. Ya no salimos a la calle henchidos de ilusiones y con la Ãºnica intenciÃ³n de divertirnos y no desperdiciar un solo segundo de nuestra existencia. Si aÃ±oramos la infancia es precisamente por esa anarquÃ-a atrevida que no derrochaba nada de lo esencial y de lo que realmente valÃ-a la pena, y porque ademÃs era la Ã©poca del descubrimiento constante y de la creencia en todos los sueÃ±os. Ahora no es que malvivamos, que cada cual seguro que tiene sus momentos de gloria y sus querencias, pero ya nadie nos pregunta por el dÃ-a de maÃ±ana con la misma intenciÃ³n que en aquellos aÃ±os. Ahora ya no te permiten cambiar y decir lo que te dÃ© la gana para quitarte de encima a los inquisidores. Eres lo que eres y estÃs donde estÃs, y a veces lo mejor es no pensar en ese dÃ-a de maÃ±ana. Piensas en Ã©l porque prÃcticamente vivimos demorando todos los planes y los sueÃ±os, y estamos mÃs pendientes de los pagos que nos quedan que de las alegrÃ-as que podamos encontrar. TambiÃ³n asusta pensar que al paso de otros veinte o treinta aÃ±os el referido dÃ-a de maÃ±ana nos convertirÃ; en

aquellos viejos que se sentaban a esperar a las parcas en los bancos de la plaza grande. Ya no podemos decir, por ejemplo, que queremos ser delanteros centro del GuÃ-a o de Las Palmas, y tendrÃ-amos que dar muchas explicaciones si siendo abogados o electricistas decimos que queremos ser fontaneros o mÃ©dicos, o viceversa. Ya somos lo que somos, y no se espera mucho mÃ¡s de nosotros, o se espera que seamos consecuentes con lo que elegimos en su dÃ-a o con lo que nos ha tocado. Siempre se puede cambiar por completo el argumento de la historia y romper todo lo que parecÃ-a previsible, pero la mayorÃ-a deja que todo discorra como estÃ-, y se deja llevar, siempre nos dejamos llevar: por mÃ¡s que creamos que somos nosotros los que andamos, suele ser el azar el que marca las rutas. Ya digo que llegÃ³ ese dÃ-a de maÃ±ana en el que todos nos querÃ-an ver como hombres provecho. Nadie nos dijo que el paso del tiempo acrecienta nuestra condiciÃ³n de mortales y nos vuelve mÃ¡s temerosos y previsores. Cada vez nos quedan menos alas para intentar volar. De niÃ±os incluso soÃ±Ã-bamos con poder volar algÃºn dÃ-a, pero ahora sabemos que los golpes de la caÃ-da duelen y a veces se vuelven incurables. Andamos asegurando todo lo que tenemos, y hasta nuestros huesos estÃ-n tasados con una cuota mensual que garantiza unos euros a quien nos sobreviva. No me imagino de niÃ±o pensando en esas previsiones. Nos preguntaban por ese futuro y contestÃ-bamos lo primero que nos venÃ-a a la mente. Era como un juego. Y ademÃ-s nunca pensÃ-bamos que llegarÃ-amos a rendir cuentas por aquellas intenciones improvisadas, pero mira por donde aquellas preguntas tenÃ-an trampa. Y cuando lo descubres ya no tienes tiempo para soÃ±arte distinto a lo que eres.

Enero de 2008.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL

DiseÃ±o grÃ¡fico de JosÃ© Miguel Valdivia.